

LOS participantes del viaje a Tolombón, organizado por Akida, con el apoyo del Museo Etnográfico, dispusieron de dos casas para su instalación y alojamiento. En una de ellas vivían el Profesor Francisco de Aparicio, su esposa y las cih-cas del grupo, en la otra, los Profesores Romualdo Ardizzone, y Federico A. Daus y nosotros. Sobre ésta última me ocuparé a continuación:

La casa que habitábamos era una antigua casa-bodega. Hay varias de estas casas en la región, todas ellas hoy abandonadas, presentan un aspecto triste y desolado.

La nuestra era indudablemente la mejor, pues funciona allí la escuela del pueblo, dependiente del Consejo Nacional de Educación.

La casa, que está paralela al camino principal, presenta delante un patio de tierra donde señoreaba sobre sólido pedestal, un mástil. Entre el patio y el camino, la acequia con su lecho de piedras, por donde corría, cuándo corría, un agua clara que llenaba de rumores las tardes silenciosas.

Delante de la casa y sobre el camino, un tala gigantesco prodigaba su sombra y su compañía. Refugio y centinela.

Nuestra casa tenía exteriormente un magnífico aspecto. Sobre una galería amplia, se abrían las puertas y ventanas de las diversas aulas. Estas formaban dos alas que enmarcaban un patio interior. En el centro de la casa, comunicando la galería con el patio, había un zaguán espacioso, que con su techo de vigas, era seguro refugio nocturno para nuestros amigos los murciélagos. No se asusten, eran inofensivos, simpáticos y sobre todo consecuentes. No faltaron ninguna noche.

Nuestro primer trabajo pre-reposo, era tratar de alejar a dichos animalitos. Lo conseguíamos sólo a medias, a pesar de utilizar métodos modernos: armas arrojadizas y gases asfixiantes. Abiertas las puertas de los dos cuartos que daban al zaguán, los cuales nos servían de dormitorios, los murciélagos entraban rápidamente, contentos y felices de disponer de más campo para elegir lugar apropiado donde descansar. Tomábamos el sueño arrullados por el chirriar y el revolotear de los "pipistrellos" y por el canto armonioso de los grillos.

En el Valle de Tolombón



Cada mañana, el que estaba de turno se levantaba más temprano y despertaba a los demás con un sonoro campanazo (no olvidar que vivíamos en una escuela). Se cortaba así nuestro sueño en forma brusca. Todo se justificaba, dejar el catre tibio y más o menos mullido, para admirar los cerros aún cubiertos por la niebla de la mañana, el sol que asonaba detrás de las cumbres y el surco luminoso del río Santa María al fondo del valle.

Así era nuestra casa. Teníamos hasta un filtro y un cántaro que recojía la codiciada agua. Teníamos también un "chango", nuestro valet, que limpiaba los cuartos y traía agua para el filtro. Este chango era un poco indolente y demasiado curioso, pero bien dirigido cumplía con su obligación.

Por lo demás nuestra tarea doméstica se limitaba a prepararnos el catre.

A pocos metros de nosotros estaba el campamento grande donde pasábamos el resto del día. De noche, después de la sobremesa cordial, regresábamos. El camino alumbrado por las pálidas luces de las linternas la honda soledad de la noche, el silencio del valle, las estrellas multiplicadas (¡qué diferencia con nuestro diario cielo ciudadano!), y de repente la música lejana del agua de las acequias, manantial de frescura sobre las piedras, todo ese conjunto maravilloso, nos purificaba el alma y nos hacía latir el corazón.

SALVADOR F. STORNI



Después de la ascensión al Cerro San Bernardo, el grupo animoso posa ante Salvador Storni improvisado fotógrafo. Profesores: Federico Daus y Romualdo Ardisson. Horacio Difieri, Melena Chiosa, Tatiana Voiculescu, Nélida Mauro, Néstor H. Orsi, Juan López, Olga Mingo, Esther Alvarez, Zunilda González Zimmerman, María Cristina Domínguez, Graciela Lapido, Roberto Fraboschi y Elsa Ecker.